

Construcción de valor territorial en el imaginario urbano

Oscar F. Basulto Gallegos

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA (ESPAÑA)

Resumen: El presente artículo busca dar a conocer la relevancia que puede tener para elaborar una estrategia de planificación territorial, el estudio de los fenómenos societales a través de los imaginarios sociales y urbanos. Se analiza la necesidad de contar con una ciudadanía más activa, cohesionada y comprometida con los retos de su localidad, a través de un espíritu de participación colectiva y cooperación permanente, orientado hacia la gestión, acción y cumplimiento de objetivos de bien comunitario, en distintos ámbitos del quehacer. Asimismo, se describen elementos, eventualmente presentes en un territorio, a tener en consideración al momento de trabajar en esta línea de investigación. Es decir, resignificando los procesos sociales y sus imaginarios urbanos.

Palabras Clave: Territorio, imaginario social, imaginario urbano y planificación estratégica.

Abstract: *This paper seeks to present the relevance it may have to develop a strategy of territorial planning, the study of societal phenomenon through the social and urban imaginaries. Discusses the need for a more active, cohesive and committed to their local challenges, through a spirit of collective participation and ongoing cooperation oriented towards the management, action and accomplishment of community property in different fields of endeavor. Also described elements may be present in a territory, to take into consideration when working in this line of research. That is, resignifying the social processes and their urban imaginaries.*

Keywords: *Territory, social imaginary, urban imaginary and strategic planning.*

1. Introducción

Es necesario señalar que estamos en búsqueda de una articulación primero teórica y en algún tiempo más, práctica –que hemos comenzamos a diseñar con motivo de nuestra tesis doctoral–, en virtud que nos ayude a encontrar una explicación plausible respecto de pensar modos para acercar realidades individuales y colectivas en beneficio del bien común de una sociedad y su coherente desarrollo territorial en base a un plan estratégico integral, alineado con el desarrollo humano.

En este sentido, hay que entender que en la era info-global se genera un medio, espacio, contexto o como quiera que desee llamársele que favorece la aparición de variados o múltiples fenómenos socio-comunicacionales, que sin duda van a intensificarse con el transcurrir del tiempo, y que están quebrando la forma de gobernar y gestionar los territorios. Hablamos de la necesidad de comprender el escenario en

que hoy se desenvuelven las comunidades occidentales para organizar acciones en un marco de cohesión social alineadas con un proyecto común de desarrollo sostenible.

Un gobierno democrático y, por tanto, representativo al perseguir objetivos de calidad de vida para la ciudadanía no puede limitar la definición de sus estrategias y políticas a sus fronteras administrativas, y debe establecer acuerdos multinivel con actores privados y públicos a nivel horizontal, motivados en el interés común (Pascual, 2011: 139-140).

Sin embargo, no debiera ser ni del Gobierno, ni del territorio ni de la estrategia de donde se origine la decisión fundamental. En primer lugar, pensemos en el acuerdo entre personas, delimitando una planificación estratégica en relación a intereses de desarrollo comunitario. Es en este punto, donde creemos que tienen mucho que decir los imaginarios sociales, buscando interpretar o develar las percepciones y emociones de una comunidad dada, para desde el sentir comunitario abordar una planificación estratégica territorial con vocación cívica.

Entenderemos por este tipo de planificación, comprendida como sostenibilidad territorial, a aquella gestión con altos niveles de participación social (fomento y coordinación de la participación de todos los agentes sociales), que desarrolle una planificación de largo plazo, toma de decisiones en forma integrada más que sectorialmente, consideración del entorno, identificación de las ventajas competitivas, visión integral de la realidad territorial, flexibilidad decisional, concentración en temas críticos, orientación a la acción y modernidad de la administración (Barton, 2006). Sólo entendiendo la planificación estratégica a este nivel es posible administrar las necesidades contemporáneas de la comunidad de un modo armónico, honesto con la gente y eficiente.

El asunto es comprender de mejor modo el tiempo que vivimos, para acercarnos empáticamente a las estructuras institucionales al desenvolvimiento social. Ahora bien, sin duda que este proceso de búsqueda no es igual para distintas comunidades o sociedades, sin embargo nos parece que la metodología de trabajo es transversal y que pasa por saber, en primer término, cuáles son las necesidades, intereses y anhelos de quienes hacen comunidad en los más diversos territorios de conglomerados humanos.

Refiriéndonos a métodos, Néstor García Canclini considera que tanto los métodos cuantitativos como cualitativos son importantes para la investigación social, y por cierto para los estudios a través de imaginarios sociales o urbanos. Agrega que la encuesta es indispensable, así como los otros recursos cuantitativos más objetivos: los censos, las estadísticas, los datos duros. El cuestionamiento radica en que “gran parte de la sociología urbana se sigue haciendo con esos recursos y se ignoran las representaciones, los procesos culturales, y por lo tanto, los imaginarios” (En

entrevista con Lindón, 2007: 94), he ahí donde nos enfrentaríamos a un problema al dejar de lado los componentes simbólicos que van reconfigurando permanentemente a la sociedad, (situación que abordaremos más adelante). Es decir, históricamente se han dejado a un lado los estudios cualitativos, sin embargo en nuestro tiempo se comienza a reconocer la relevancia y necesidad de trabajar los estudios sociales a través de metodologías mixtas (cualitativas y cuantitativas).

Agrega García Canclini, que “quienes estudiamos los procesos culturales no disponemos siempre de suficientes recursos cuantitativos, objetivables, para controlar lo que afirmamos sobre la ciudad. Sin embargo, es más frecuente encontrar en estudios sobre las culturas urbanas referencias a las bases socioeconómicas, arquitectónicas, urbanísticas, referencias duras, que a la inversa” (En entrevista con Lindón, 2007: 94).

Es así como García Canclini hace referencia a la ausencia de información cualitativa sistematizada respecto de estos temas, por cuanto habría que aumentar la producción de este tipo de información para ayudar a satisfacer las necesidades de estudios asociados a culturalidad y territorio, en este caso en vinculación con planificación estratégica integral, en busca de mejorar la calidad de vida de las personas que habitan un lugar.

Continúa, García Canclini, “considero que históricamente hemos tenido frente a nosotros” algunos contrasentidos. Por ejemplo, “(...) los planificadores urbanos basados en la economía urbana y en el estudio del desarrollo físico-espacial de la ciudad, han tomado decisiones acerca de qué se puede construir, por dónde debe trazarse el transporte, si se debe impulsar el Metro o el Metrobus, cuánto se puede tolerar el transporte individual o cuándo estimularlo. En general se decide según criterios cuantitativos y de una pretendida objetividad, sin tomar en cuenta la experiencia vivida de los que viajan, de los que trabajan, de los que habitan la ciudad” (En entrevista con Lindón, 2007: 94-95).

Dicha argumentación, nuevamente nos lleva a darnos cuenta de la importancia y necesidad de tomar en consideración la información cualitativa al momento de tomar decisiones vinculadas con la planificación urbana o territorial, pues quienes viven el territorio –día a día– son los indicados para decir como esperan vivir mejor.

Finaliza, García Canclini. “Nos hallamos en una etapa distinta a la de los estudios urbanos de hace unas décadas, que se sentían más satisfechos con simples descripciones socio-económicas de los desarrollos urbanos. Actualmente, damos mucha importancia a lo cultural, a lo simbólico, a la complejidad y la heterogeneidad de lo social en la ciudad. Es entonces cuando lo imaginario aparece como un componente importantísimo. Una ciudad siempre es heterogénea, entre otras razones, porque hay muchos imaginarios que la habitan. Estos imaginarios no corresponden mecánica-

mente ni a condiciones de clase, ni al barrio en el que se vive, ni a otras determinaciones objetivables” (En entrevista con Lindón, 2007: 91).

Creemos fehacientemente, que no se puede seguir avanzando sin escuchar a la gente, llámese individuo, poblador, ciudadano o como quieran denominarlo. En esta línea de trabajo, buscamos comprender por dónde nos debe llevar el entendimiento, pensando que es posible aunar fuerzas orientadas al bien común, escudriñando en el fondo de los imaginarios sociales e imaginarios urbanos. Asuntos que ya desarrollaremos.

2. Desarrollo

2.1. El rasgo imaginario en nuestras sociedades. Identidad y Cultura

A modo de otorgar una suerte de génesis ontológica de lo que estamos entendiendo como rasgo imaginario, partimos desde la individualidad subjetiva del Ser hacia el entramado colectivo. Aquí tomamos a Alfred Schütz y Thomas Luckman (1977: 289). “Las experiencias subjetivas sedimentadas constituyen el acervo subjetivo de conocimiento en el mundo de la vida. Las primeras están condicionadas por las estratificaciones del mundo de la vida, y la sedimentación de experiencias en el acervo de conocimiento resulta de estructuras subjetivas de significatividades”.

En esta línea de análisis, Manuel Antonio Baeza (2000: 47) señala que “cada cual defiende con énfasis su individualidad desde la convicción que dice tener de su diferencia con respecto al resto de las personas. (...) El modo operacional de cada conciencia humana moderna se encuentra íntimamente ligado a la afirmación de una singularidad o identidad (...) y con ello todas las consecuencias probables en el plano de la acción social. Por cuanto (...) esta diferenciación puede también ser argumentada desde comunidades o grupos de personas, lo que quiere decir que la identidad individual no sería más que una variante de un proceso identitario más complejo (...)”.

Así las cosas, la identidad, de partida, sería un conjunto de mecanismos sui generis de apropiación mental e imaginada del espacio y del tiempo, cuyo responsable no es otro que el cerebro humano y su facultad de generar pensamiento organizador. La identidad es sentimiento de pertenencia, pero también orientación asumida del accionar social (Baeza, 2000: 48-49).

Además, “(...) la identidad constituye (...) una estructura precaria, con motivo mismo de su complejidad; la construcción identitaria debe ser concebida más bien como un proceso inestable e inacabado que como una arquitectura definitiva” (Baeza, 2000: 49).

Reforzamos que la construcción identitaria, debe entenderse como un proceso individual y social sujeto a altas cargas de dinamismo y tendencia a cambios, debido

a que es atravesado –permanentemente- por múltiples elementos de la más diversa especie, entonces, la identidad -sin duda- vive en permanente construcción.

Asimismo, la identidad va ligada a los procesos y manifestaciones culturales, que adquieren o no protagonismo en la urbe o territorio. De este modo, para Pascual (2011: 183) la cultura de una ciudad depende, entre otros, de dos elementos del medio urbano: la cantidad y la calidad de la oferta cultural y del nivel formativo de la ciudadanía. El uso ciudadano de la oferta cultural es la clave para la definición de la ciudad como cultural. Dicho uso ciudadano dependerá también de la percepción, del significado y de las expectativas que los ciudadanos tengan de la misma y, en especial, de cómo visionan su papel en la cultura. Si el rol es el de consumidores de cultura, o por el contrario, el de generadores o dinamizadores de la cultura en la ciudad. El uso ciudadano de la cultura y su papel en ella será una de las principales claves del desarrollo, a su vez sustentado en el atractivo cultural y la creatividad de la ciudad que se pueda generar en la interacción ciudadana. El uso ciudadano de los medios culturales transformará el nivel cultural de los actores y la estructuración de sus relaciones en el acceso a la cultura.

Por lo tanto, accionar la cultura por parte de los habitantes de un territorio, puede contribuir a fortalecer lazos comunitarios y de alguna manera hacer menos complejos los procesos de acuerdo social en beneficio de proyectos comunes, ya sea a nivel de una comunidad pequeña o para desarrollar un mega proyecto de planificación territorial.

Profundizando en la conceptualización del imaginario, hay que reafirmar que antes que social es un fenómeno eminentemente individual, lo que Castoriadis (1975: 9) llamó la producción de un fantasma fundamental. Pero un imaginario social no puede ser explicado como la simple suma de imaginarios individuales, señala Baeza (2000), pues lo social requiere de un acercamiento en cuanto a expectativas y experiencias que hagan sentido en un determinado corpus social, que promueva el reconocimiento colectivo, por lo tanto, la sociedad podría ser sintetizada en la comunicación –en un sentido Luhmanniano-, pero en opinión de Baeza (2000: 25) fundamentalmente como una comunicación vivida e intencionada en su contexto de relaciones sociales, entendidas estas últimas en el sentido más amplio posible de interrelaciones socio-comunicativas.

Compartimos la visión de que la comunicación prácticamente nunca sea ingenua, sino que más bien, generalmente está asociada a conflictos de intereses de la más diversa especie. Es aquí donde toma relevancia la planificación estratégica territorial exteriorizable a través de un entramado de comunicación estratégica, que no puede fallar al momento de aunar o cohesionar a un cuerpo social en el sentido de abordar un proyecto común de desarrollo territorial y humano, en beneficio de la comunidad en su conjunto.

Retomando el tema de la relevancia de los simbolismos sociales para los estudios territoriales contemporáneos, es que ya podemos señalar, en la línea de Baeza, que toda institución y todo imaginario tiene lugar al interior de un universo simbólico, lo cual implica de un modo u otro, la existencia de un ánimo de visualización de lo invisible (2000: 27). De alguna manera, este punto de visualización de lo invisible es el gran desafío para una gestión estratégica que busque ser sincera con la sociedad y que muestre un proyecto con altas cargas de cohesión social en búsqueda de un desarrollo humano comunitario.

Dicho lo anterior, nos quedamos con la definición de imaginarios sociales de Juan Luis Pintos, que señala que “los imaginarios sociales serían aquellos esquemas contruidos socialmente que nos permiten percibir, explicar e intervenir en lo que en cada sistema social se considere como realidad” (Imaginarios sociales del Caciquismo, texto inédito), y de este modo, señala Baeza (2000: 34), pareciera cerrarse provisionalmente el largo circuito de los imaginarios ya institucionalizados, ya socializados, -es decir, internalizados por el corpus social-, a lo que se puede agregar desde la perspectiva de Pintos (1995: 108) que los imaginarios sociales “rigen los sistemas de identificación y de integración social, y que hacen visible la invisibilidad social, y he ahí donde se encuentra el mayor desafío de trabajar con los imaginarios sociales, insistimos desde la perspectiva de Baeza. Asimismo, Baeza (2000: 34-35) aporta otro elemento y agrega que los imaginarios sociales son “esquemas contruidos y simbolizados socialmente (...) a través de símbolos”, situación que ya veníamos analizando, pero que es de suma importancia para nuestro análisis no perder de vista.

Tras constatar, a grosso modo, la relevancia de lo imaginario y su influencia en la interacción social, se hace patente la importancia de lo simbólico, rasgo que nos lleva a darle gran cabida a la interacción simbólica, a las percepciones y a la emocionalidad de las relaciones humanas en nuestro tiempo.

Nos referimos a trabajar la interacción simbólica desde una perspectiva clásica. Es decir, entenderemos por metodología del Interaccionismo Simbólico, la comprensión de tres premisas fundamentales, según Blumer (1969: 2): 1) Los seres humanos actúan hacia los objetos sobre la base del significado que los objetos tienen para ellos; 2) El significado de tales objetos deriva de la interacción social y, 3) Estos significados son manejados y modificados a través de la interpretación de cada persona tratando con los objetos que encuentra. Es decir, nuevamente volvemos al análisis de las interrelaciones sociales desde patrones culturales puestos en común o aprehendidos en algún momento entre sí.

Tomando el aspecto de la emocionalidad, sabemos, desde las investigaciones del neurobiólogo Antonio Damasio y su equipo de la Universidad de Southern California, que no existe racionalidad si esta no está basada en emociones y sentimientos, y a la vez que la razón puede cambiar las emociones y sentimientos, en especial si se

logra una mejor adaptación social y mayor calidad de nuestra supervivencia cotidiana. Razones y sentimientos son dos procesos inseparables tanto en la vida de los individuos como en la de las ciudades. Las emociones y sentimientos positivos son los que mantienen una sociedad cohesionada (Pascual, 2011: 189-190), y a la vez son un factor esencial para que la ciudad pueda abordar con éxito los desafíos que tiene planteados o los que se pueden llegar a planear de modo coherente a las necesidades de un lugar, mediante una apropiada gestión estratégica territorial.

La gestión de sentimientos y emociones es, por tanto, esencial tanto para la existencia de una sociedad basada en la convivencia y la cooperación, como en la segregación y la dominación social. Por ello, es esencial, para una buena gobernanza democrática, el desarrollo de estrategias socio-educativas y culturales orientadas a establecer una mayor densidad de relaciones y vínculos entre los distintos sectores de la ciudadanía y que estos sean satisfactorios sino para todos, sí para una amplia mayoría. Para ello, será esencial el desarrollo de una intencionalidad educativa y cultural en las estrategias y políticas públicas (Pascual, 2011: 190).

Además, la elaboración de la estrategia está suponiendo, por una parte, la superación del marco competencial básico de la administración tradicional, para intentar dar satisfacción a las necesidades progresivas y cada vez más complejas de la ciudadanía, y por otra, el inicio de una manera de gobernar a través de la cooperación entre actores y la colaboración de la ciudadanía (Pascual, 2011: 137-138).

No se puede perder de vista que el ámbito territorial en que se establecen el mayor número de relaciones que afectan a la calidad de vida de la población de una ciudad es el de la región. Cadenas productivas, enseñanza superior (universidades), sanidad, movilidad (residencia-estudios y residencia-trabajo), sostenibilidad, equipamientos culturales, turismo interior, entre otros (Pascual, 2011: 139).

Entonces, podemos decir que el hecho que un territorio disponga de una estrategia clara, consistente y compartida, en el sentido de que exista un compromiso de acción por parte de los principales actores y el apoyo de la mayor parte de las entidades representativas de la ciudadanía, aparece como un factor primordial de desarrollo humano. En todo lo anterior, creemos que tienen mucho que decir los imaginarios sociales y urbanos, al momento de identificar los elementos que pueden alejar o unir a la comunidad en virtud del establecimiento de un proyecto de desarrollo territorial orientado a la mayor cantidad de gente posible.

1.2. Influencia de los Imaginarios urbanos en la cohesión social y territorial

En el presente apartado buscamos establecer las principales características que permiten a los imaginarios urbanos ser un aporte para la cohesión social y territorial.

Para hablar de imaginarios urbanos, -en este momento- nos vamos a remitir a Armando Silva (2006: 25) quien nos plantea que “reconocer que la ciudad también es un escenario del lenguaje, de evocaciones y sueños, de imágenes, de variadas escrituras. No debe extrañarnos, pues, que la ciudad haya sido definida como la imagen de un mundo, pero esta idea se complementaría diciendo que la ciudad es del mismo modo lo contrario: el mundo de una imagen, que lenta y colectivamente se va construyendo y volviendo a construir, incesantemente”.

De este modo, la ciudad o territorio desde una perspectiva imaginaria depende de la construcción individual y social de quienes habitan o viven el lugar, asimismo, dicha percepción crearía una atmósfera imaginaria que supera a la suma de sus partes, por tanto una localidad pasa a tener un aura imaginaria que le es propia.

La ciudad o territorio también puede ser definida como el sistema de percepciones, representaciones y significados que las personas y grupos sociales que en ella habitan y trabajan tienen de la misma urbe y de sus instituciones. La actuación de la ciudadanía y sus distintos sectores que, en definitiva, hacen ciudad, dependerá tanto de los condicionantes del medio urbano como de las representaciones y de los significados que se forje la ciudadanía sobre sí misma. De manera muy especial incide en la actuación ciudadana la percepción de la importancia e incidencia de su propio papel en la ciudad y su futuro (Pascual, 2011: 179).

Continuando con el análisis de la influencia de lo imaginario en la cohesión o desunión social, hay que decir que, la urbe, territorio, localidad, ya sea cualquier denominación que nos calce, ya no podremos tener dudas de que su transformación, junto a la calidad de vida de su gente, pasa por el emerger de nuevas realidades sociales, que son producto de la actuación de unos actores que están en relación de interdependencia y actúan entre sí en unas determinadas condiciones (Pascual, 2011: 182). Y es en esas relaciones de interdependencia donde se debe escudriñar a través de los imaginarios, para poder contribuir a una planificación estratégica territorial con una sólida base en la cohesión social, intentando aportar siempre con los elementos identificados como positivos que contribuyan a dicha cohesión. Asimismo, se debe buscar minimizar el nefasto efecto que puedan producir los elementos identificados como negativos para reducir el daño a la cohesión.

El que se produzca un cambio tangible y que éste se dirija a través de objetivos de desarrollo humano será, en buena medida consecuencia necesaria de un sistema de percepción-reacción de los actores sociales y de la ciudadanía en general, alineados todos en el significado que se atribuya al rol ciudadano y la orientación que se busque dar al desarrollo comunitario.

Debe tenerse en cuenta que la estrategia para la producción de desarrollo endógeno, que es sin duda el más sostenible y sostenido en el tiempo, consiste en poner en valor los recursos físicos y humanos que tiene un territorio, de ahí que las capacidades de organización y acción de los distintos actores y sectores del territorio sean tan fundamentales.

A estas alturas del análisis ya podemos apreciar elementos tangibles de una ciudad o localidad, que al mismo tiempo hacen patente imaginarios urbanos. Es decir, “una ciudad, desde el punto de vista de la construcción imaginaria de lo que representa, debe responder al menos, por unas condiciones físicas naturales y físicas construidas; por unos usos sociales: por unas modalidades de expresión: por un tipo especial de ciudadanos en relación con los de otros contextos, nacionales, continentales o internacionales; una ciudad hace una mentalidad urbana que le es propia” (Silva, 2006: 28).

Hay que recalcar que lo imaginario construye individual y socialmente, y es muy probable que dichos imaginarios vividos en la urbe o alguna localidad, hagan referencia de algún u otro modo a lo vivido y experimentado, nuevamente, individual y socialmente en determinados contextos de referencia, entonces, puede ser allí mismo donde se producen y no siempre se aprecian los imaginarios sociales y los urbanos. Esto sólo para reseñar que los imaginarios no son distantes a lo que somos como seres humanos y a nuestras interacciones sociales, sin embargo su proceso de construcción siempre responde a altos niveles de complejidad, he ahí la necesidad de estudiar acuciosamente dichos fenómenos de la inter-relación humana, para poder estar al tanto de una realidad que se encuentra siempre en movimiento y en permanente estado de cambios.

En este sentido, a decir de Juan Luis Pintos (2000) los materiales sobre los que hay que trabajar, entre otros, para entender la construcción imaginaria son, “los productos que aparecen en el tejido comunicativo múltiple. Abarcan lo que publican los periódicos y las revistas, lo que emiten las radios y los canales televisivos, las películas, las músicas; las diferentes formas del espacio que se expresan en la escultura y la arquitectura y la forma de construirlo socialmente en el urbanismo; las poesías y las novelas, los cómics, los sitios de Internet y la omnipresente publicidad. Especialmente la publicidad en todos sus tipos y soportes, ese nuevo discurso moral que pretende monopolizar el sentido de nuestras vidas. Ahí se generan las relevancias que construyen nuestras referencias y que evitan contarnos sus opacidades”, o –asimismo- alguna otra forma de interacción que nos permita imaginar.

Ahora refiriéndonos al territorio en sí mismo, pero desde una perspectiva imaginaria, Silva (2006: 54-55) señala que “fue y sigue siendo un espacio, así sea imaginario, donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como un lugar que nombró con ciertos límites geográficos y simbólicos. Nombrar el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria: en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo en una u otra forma es darle entidad física que se conjuga, por supuesto, con el acto denominativo. Estos dos ejercicios, denominar y recorrer, han de evolucionar hacia el encuentro de la región llamada territorio, como entidad fundamental del microcosmos y la macro visión. Me explico, la macro visión del mundo pasa por el microcosmos afectivo desde donde se aprende a nombrar, a situar, a marcar el mundo que comprendo no sólo desde afuera hacia dentro, sino originalmente al contrario, desde adentro, desde mi inte-

rior psicológico o los interiores sociales de mi territorio, hacia el mundo como resto. Es así como aún en épocas de globalización en el siglo XXI se puede mantener una nueva noción de territorio si lo entendemos como terreno afectivo desde donde veo el mundo como sustento imaginario. Si el desborde de las ciudades como hecho físico o social, hace que se pierdan sus límites geográficos y que por efecto de los medios y las tecnologías se construyan otras unidades de estudio que atienden a nuevas realidades, lo urbano antes que las ciudades, como lo hemos registrado, urbanismos sin ciudades. Esto querría decir que el nuevo énfasis se pone en la cultura y no en la arquitectura y que pasamos de una ciudad de los edificios a un urbanismo de los ciudadanos. Es acá donde los imaginarios urbanos expresan su potencia estética y política”.

Como de alguna manera se ha esbozado anteriormente, no cabe duda que la forma de entender la ciudad y sus habitantes está cambiando, y junto al énfasis en el componente cultural –que señala Silva-, también se puede agregar y poner énfasis en los anhelos, frustraciones y reivindicaciones de sus ciudadanos y en la representación imaginaria de la ciudad por parte de quienes la viven.

García Canclini (En entrevista con Lindón, 2007: 93), señala que el imaginario no sólo es representación simbólica de lo que ocurre, sino también es el lugar de elaboración de insatisfacciones, deseos y búsqueda de comunicación con los otros.

Es así que lo fundamental hoy es que la propia localidad, en su globalidad, se estructure como proyecto colectivo y empiece a actuar. Sin actuación no sucede nada, pero si esta actuación no responde a los deseos, expectativas y demandas de la ciudadanía y de los principales actores sociales tampoco habrá futuro porque será insostenible socialmente.

De esta manera, se puede entender que Castoriadis (1975: 177) no plantee que el imaginario se expresa a través de lo simbólico –en un sentido individual-, es decir, más bien lo plantea como una suerte de valoración social de las imágenes producidas, y que todos los miembros de una sociedad o grupo, reconocen como algo suyo, es decir en la perspectiva de una cohesión social.

En el ámbito de gestión, cohesión social es equiparable a capacidad de organización y acción de un territorio para afrontar sus propios retos económicos, sociales, político- democráticos y de sostenibilidad. Por ello, la cohesión social debe ser entendida como capacidad de organización y acción, lo cual es clave para el desarrollo endógeno de ciudades y regiones (Pascual, 2011: 153-154).

“Una sociedad cohesionada no es la que no tiene conflictos, puesto que sin ellos no avanzaría, al expresar los conflictos y contradicciones sociales. Una sociedad cohesionada es la que dispone de modelos de interacción y mediación legitimados para resolver los conflictos y avanzar socialmente” (Pascual, 2011: 163). He aquí donde pueden tener relevancia los imaginarios urbanos, interpretando el fondo de dichos conflictos.

Ahora podemos pasar a la idea de cohesión territorial. “El concepto de cohesión territorial va más allá de la idea de cohesión económica y social tanto ampliándola

como reforzándola. (...) El objetivo es ayudar a lograr un desarrollo más equilibrado reduciendo las disparidades existentes, impidiendo los desequilibrios territoriales y aumentando tanto la coherencia de las políticas sectoriales que tienen una repercusión territorial como de la política regional. El objetivo también es mejorar la integración territorial y fomentar la cooperación entre las regiones” (Pascual, 2011: 164).

Lo fundamental para que exista un desarrollo económico y social estable y sostenido en el tiempo, es que se activen en un territorio los potenciales, mecanismos y procesos que permitan incidir en su desarrollo económico y social. Las ciudades y regiones tienen un conjunto de recursos económicos, humanos, institucionales y culturales que constituyen su potencial de desarrollo y que es preciso poner en valor y estimular su uso eficiente.

Los procesos de desarrollo territorial se impulsan de “abajo hacia arriba” a través de las decisiones de actores locales públicos y privados y de los mecanismos de control social de los procesos de desarrollo. Estos mecanismos abarcan desde la organización territorial de la producción y de las empresas, los mecanismos de regulación de las relaciones económicas y sociales, los códigos de conducta y de la configuración cultural de la población, hasta la estructura social y familiar” (Pascual, 2011: 155).

En este sentido, conocer y trabajar desde la configuración de los procesos sociales mencionados en el presente artículo, develando imaginarios sociales o urbanos, resulta fundamental para una planificación estratégica de desarrollo humano y territorial que busque proyectarse y cumplirse en el tiempo en beneficio de la comunidad.

3. Reflexiones

2.1. Algunas consideraciones finales

A partir del entramado discursivo anteriormente desarrollado, se establecen algunas conclusiones inacabadas que seguramente tendrán todavía un largo periodo de maduración. Pese a ello, nos aventuramos a ofrecer algunas reflexiones frente a lo anteriormente expuesto:

1.- Tendemos a creer que la identidad no es un problema en sí misma, ni tampoco un elemento a considerar en forma aislada al momento de pensar en la problemática abordada, sino que más bien podría formar parte –a nivel integral- en las estrategias de cohesión social y territorial en virtud de un desarrollo humano y comunitario armónico.

2.- Las percepciones, sentimientos y construcciones imaginarias, y simbólicas juegan un rol importante en la articulación social, por cuanto son rasgos a tener en consideración al momento de buscar comprender las dinámicas sociales contemporáneas.

3.- Por consiguiente, dichos procesos individuales y colectivos deben ser analizados y consensuados a la hora de pensar en planificaciones estratégicas urbanas o territoriales, por cuanto se debe ser coherente con el alma de la ciudad en virtud de plantear una planificación con posibilidad de éxito en el tiempo, pensando en un desarrollo humano y territorial que beneficie a grupos concretos.

4.- Finalmente, planteamos como muy relevante trabajar una metodología que involucre a los imaginarios sociales y urbanos en virtud de develar percepciones individuales y sociales en relación con la interacción o relaciones de vida en una comunidad dada. Lo anterior con motivo de contribuir a dar con el rumbo, por el que debe viajar el mejoramiento del bienestar de una localidad dada.

4. Referencias bibliográficas

- BAEZA, Manuel (2000). *Los Caminos Invisibles de la Realidad Social*. Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales”. Ril editores. Santiago de Chile.
- BARTON, Jonathan (2006). *Sustentabilidad urbana como planificación estratégica*. Revista Eure, 32(96), 27-45. [Versión electrónica]. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/eure/v32n96/art03.pdf>
- BLUMER, Herbert (1969). *Symbolic Interactionism. Perspective and Method*. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press.
- CASTORIADIS, Cornelius (1975). *La institución imaginaria de la Sociedad*. Tusquets Editores, Buenos Aires, 2 Vol.,1993.
- LINDÓN, Alicia. (2007) (Entrevista). *Diálogo con Néstor García Canclini ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad?* Revista Eure, 33 (99), 89-99. [Versión electrónica]. Recuperado de www.scielo.cl/pdf/eure/v33n99/art08.pdf
- PASCUAL, Josep M a (2011). *El papel de la ciudadanía en el auge y decadencia de las ciudades. El fin del gerencialismo o la recuperación de lo público y sus actores*. Editorial Tirant lo Blanch, Valencia.
- PINTOS, Juan Luis (2000). *Construyendo realidad(es): Los imaginarios sociales*. Universidad de Santiago de Compostela, España.
- PINTOS, Juan Luis. *Orden social e imaginarios sociales* (in: papers, N° 45, 1995).
- PINTOS, Juan Luis. *Imaginarios sociales del Caciquismo*. Texto inédito.
- SCHUTZ, Alfred & LUCKMAN, Thomas (1977). *Las Estructuras del Mundo de la Vida*. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- SILVA, Armando (2006). *Imaginarios Urbanos*. Arango editores, Bogotá.